

Vivir O Pelouro

Hay que vivirla para entenderla. Bajo esta consigna, el autor se acerca a esta escuela singular sin horarios, ni asignaturas, ni clases o grupos, ni actividades fijas. Una escuela para todos los niños y niñas, en la que buena parte del alumnado requiere necesidades educativas especiales. Una escuela que es, además, un hogar.

José Contreras Domingo*



Juan Llauder / Teresa Ubeira.

Muchas de las cosas que pasan y se viven no pueden entenderse sin la dimensión emocional

“Ven sin armas ni bagajes, sin presupuestos ni planes”, me dijo Juan por teléfono. “Ven a vivir la vida que hay aquí. Y si luego no puedes escribir nada y no se publica nada, pues no importa.”

Faltaba una semana para mi visita a O Pelouro y les había llamado con cierta preocupación, porque quería planificar bien mi estancia. Sin embargo, la consigna de Juan fue un parón en seco para mi ansiedad: “Ven a vivir, lo demás es secundario”. Si no vives realmente lo que O Pelouro es, lo que cuentes de él no servirá para nada. Y vivir es algo más que estar allí, observar, tomar notas. Vivir es una forma de colocarte ante las cosas, la gente, los acontecimientos. Es dejarse impregnar, afectar; es quitarse las corazas; pero también quitarse los prejuicios. Y es también colocarse activamente, implicarse cognitivamente y emocionalmente, para que algo entre.

Su consigna me afectó no sólo para dejar de lado mi preocupación por la planificación; sino también para empezar a labrar en mi interior otra disposición para afrontar la experiencia que viviría. De alguna manera, acepté el reto (“sin armas ni bagajes”), para empezar a desnudarme de supuestos y actitudes prefabricadas sobre cómo abordar la experiencia. Tenía, pues, que ir limpio, dispuesto a mirar lo que viera, a dejarme afectar e inundar, a desconcertar y desmontar. En realidad, fue todo algo muy intuitivo. Sin embargo, en el transcurso de la semana que pasé allí, pude descubrir que O Pelouro tiene que ser conocido y comprendido también con el corazón.

Pero, además, lo que se me pedía era una paradoja: tenía que ir dispuesto a no escribir para poder hacerlo de forma auténtica. Esta paradoja es una de las verdades de O Pelouro: para poder llevar a cabo una tarea educativa o terapéutica hay que implicarse vitalmente, sinceramente. Sólo cuando uno busca una comunica-

ción de verdad, cuando no se actúa buscando el efecto, es cuando el efecto auténtico puede darse. Pero, claro, esto no es ni puede ser un truco. Y si es un truco, un autista (que, como dicen Juan y Teresa, son “degustadores de verdades profundas”), o cualquier crío con sensibilidad, lo notará, lo sabrá. Y si vas a O Pelouro con trucos y artificios, Juan y Teresa, que tanto han aprendido de los autistas, también lo sabrán.

Muchas de las cosas que pasan y se viven en O Pelouro no pueden ser entendidas sin la dimensión emocional que tienen. En muchos momentos hay un impacto emocional que de pronto te abre otras dimensiones de lo que allí está pasando y de lo que puede llegar a significar como vivencia de formación. Impactos que, de pronto, te transforman y empiezas a vivir lo que allí pasa de otra manera. Por eso, escribir sobre O Pelouro, contar la verdad de O Pelouro, es contar, necesariamente, tu verdad, la forma en que tú has vivido algo y lo que te ha despertado, lo que para ti ha significado. Y por eso, para mí, escribir sobre O Pelouro es contar mi verdad, mi vivencia de esos días, que es ya experiencia, saber que nace del vivir. Es como en los buenos libros de viajes, donde el autor da cuenta de la experiencia de ese viaje personal, que es a la vez un viaje interior, mientras recorría y vivía esos lugares que quiere mostrar.

“La vida que hay aquí”

Pero, ¿qué es O Pelouro? ¿Qué es “la vida que hay aquí” y que Juan me pedía que fuera, ante todo, a vivirla?

Pues, para empezar, O Pelouro es una escuela que no parece lo que convencionalmente nos hemos acostumbrado a entender por tal. Ni por sus espacios, ni por el tipo de niños y niñas que conviven en ella, ni por la forma en que se relacionan entre ellos —independientemente de su edad y de sus características personales—, ni por el tipo de presencia y de intervención de los adultos —ya sean profesores u otros adultos que colaboran con la escuela o que trabajan en ella—, ni por el tipo de actividades que se desarrollan allí, ni por la forma en que transcurre el tiempo, ni por el ambiente que se respira.

Juan Rodríguez de Llauder y Teresa Ubeira, sus creadores, conciben la escuela como el lugar de la infancia, el territorio del niño, de todo niño. Y cuando decidieron crear ésta, hace ya veintiocho

El ambiente se parece al de un hogar de una familia muy numerosa



Juan Llauder / Teresa Ubeira.

años, no se atuvieron a ningún estereotipo ni idea preconcebida; simplemente hicieron aquella escuela que pensaban que tenía que ser, aquella que soñaban para todo niño y también para sus hijas. Y fue así como fueron creando y les fue creciendo su escuela: un medio vital y humano, adecuado para que niños y niñas pudieran crecer, en todas direcciones, en todas sus posibilidades y potenciales.

Situada en la localidad pontevedresa de Caldelas de Tui, a orillas del Miño, una aldea con aguas termales y que tuvo un pasado más esplendoroso alrededor de la vida del balneario, que aún subsiste, la escuela ocupa los edificios de dos antiguos hoteles, enfrente del balneario, y que pertenecían a la familia de Teresa. Ambos edificios han sido completamente restaurados y reestructurados para cumplir su actual función, pero conservan el aire cálido de edificios con una arquitectura y un sabor de años, dominando la piedra y la madera en su construcción. Están llenos de habitaciones y rincones, así como de salas amplias; algunas con mesas de trabajo, otras son espacios abiertos.

De los dos edificios, uno dispone de más espacios para las actividades escolares, mientras que en el otro dominan los espacios más relacionados con lo que podríamos llamar la vida doméstica (salón comedor, cocina, dormitorios para los niños residentes, y para los adultos que vivan también aquí, fundamentalmente Juan y Teresa y sus hijas Laura y Elvia, sala de hidromasaje, baños y lavabos, etc.). Aunque este criterio de “lo escolar” como distinción entre los dos edificios es bastante relativo y discutible, porque la vida doméstica es lugar también de escuela y de aprendizaje.

Hay después un tercer edificio, detrás de uno de estos antiguos hoteles, expresamente diseñado y cons-

truido como parvulario. Y hay también zona de jardín entre ambos edificios, más huerto, gallinero, edificios de talleres (como la carpintería), una piscina, viñedo propio, bodega, cabañas de animales (caballos, ovejas, estridentes ocas, etc.). Y así hasta cubrir unos 10.000 metros cuadrados, en donde la escuela y sus terrenos se funden con el vecindario y el paisaje, hermoso, de robles y castaños, que en estos días sembraban la tierra de marrón. Y algún oscuro camelio en flor, de grandes bloques de granito, en casas y vallas. Y el cielo amplio y limpio, y al fondo el río...

Asisten a la escuela unos ochenta alumnos y alumnas, en edades que van de los 2 a los 16 años. De éstos, unos veinticinco son niños y niñas con problemas específicos que entran dentro de lo que ya administrativamente se llama “alumnos con necesidades educativas especiales” (NEE), y que pueden corresponder a niños con síndrome de Down, o autistas, o con retraso mental, o psicóticos, o con dificultades escolares, o de comportamiento que revelan algún tipo de desadaptación o rechazo al medio escolar. Mas hay también, en formación específica, en módulos de Aprendizaje de Tarea y en Formación Ocupacional Desarrollante, otros quince alumnos, cuyas edades se mueven, mayoritariamente, entre los 18 y los 26 años, con algún caso excepcional de 30 y de 40 años, todos ellos también con NEE.

Los casi cien alumnos y alumnas conviven y participan conjuntamente en múltiples actividades. Eso significa que, en un momento determinado (y estoy recordando situaciones que presencié), puede haber un grupo en actividades de informática, en donde hay niños de 8 ó 9 años, junto con alguno de 11 y un autista de 20. O que a la hora de preparar el salón

para la comida pueda haber igualmente críos normales de unos 8 años con autistas de 9 y 18 años, dos niños de 9 años con microcefalia, más un niño sordomudo y con trastornos del desarrollo.

Unos veinte o treinta niños y niñas son residentes y se quedan a dormir de lunes a miércoles (la escuela sólo funciona de lunes a jueves), aunque en realidad la cifra es habitualmente más alta: siempre hay no residentes que pasan la noche en la escuela. Todos los días pude ver a niñas y niños que pedían a Teresa si se podían quedar a dormir. Tan sólo los que son de localidades lejanas, como los que ahora hay, procedentes de Madrid, Barcelona y León, y que sólo regresan a sus casas cada quince días, se quedan los fines de semana en O Pelouro.

Un hogar

Un día Teresa me comentó que detrás de su idea de lo que debería ser una escuela está el referente de las antiguas escuelas unitarias, auténticas casas escuela. Y creo que algo fundamental de lo que es este centro se entiende mejor a partir de esta idea.

El ambiente de las tardes-noches se parece al de un hogar de una familia, en este caso, hipernumerosa. O se parece, más bien, a la imagen apacible y bien avenida que asociamos a la palabra *hogar*, porque la realidad de muchos hogares no siempre corresponde a lo que aquí nos encontramos.

Estamos en el salón, una habitación enorme, alargada, de unos sesenta metros cuadrados, y que es el centro neurálgico de la casa. Lugar, como todos aquí, transformable con una ágil y rápida versatilidad, y que es o puede ser tanto el espacio de las asambleas, como el comedor, sala de conferencias o, si la ocasión lo requiere, hasta discoteca. Pero su apariencia y su ambiente es, por encima de todo, el de la sala de estar de un hogar particular, que también lo es. Un salón hermoso, decorado a partir de la belleza y solera que adquieren los lugares que se llenan de objetos singulares, todos con una historia y una razón de ser allí, combinando el sentido estético, la armonía, el equilibrio y la funcionalidad.

Los niños y los profesores que todavía quedan por la casa ya han cenado. Algunos de los niños han decidido hacer de camareros y han preparado de forma

exquisita la mesa para Juan y Teresa, sus hijas y los invitados (junto a mí, esta semana están de visita Lucilla, una psiquiatra infantil italiana, colaboradora habitual, y Mario y Marisa, también italianos, y que están llevando a cabo aquí un taller de estuco veneciano), creando un ambiente diferenciado del resto del salón. Por fin les hemos podido convencer de que nosotros sabremos servirnos solos y se retiran.

Mientras y durante la cena, niñas y niños están en la otra mitad del salón, en varias mesas, haciendo diversas cosas: algunos leen o escriben, otros juegan o charlan entre ellos. La tele está puesta, pero nadie parece hacerle mucho caso. Hay dos profesores que todavía se mueven por la casa, atentos a detalles y a los niños, hasta la hora de irse a la cama. Algunos de los niños y niñas ya están durmiendo hace rato.

Los dormitorios son sencillos, con camas individuales y literas, pero conservan un aire muy propio, producto de su decoración, con las paredes pintadas por los propios críos, algunas de hace años, siendo huella del paso de otras generaciones de niños que estuvieron aquí. De todas formas, el espacio de los dormitorios constituye un área reservada: el dormir es un tiempo delicado con la infancia, que no hay que interferir, por lo que sólo los visité una vez y de día, sin críos.

Al acabar de cenar, algunas niñas y niños le piden a Teresa que quieren bailar. Ella se resiste un poco, dada la hora, pero cede pronto. ¡Gran revoloteo de todos! Por la coordinación espontánea, percibo que ésta no es la primera vez que pasa: en menos que canta un gallo han apartado las mesas, y mientras algunos ponen discos, el resto ya está en danza. Nosotros permanecemos en la mesa, al principio mirando, pero Teresa ya está en medio de la "pista", bailando en plan rockera... y pronto estamos todos dando saltos, unos bailando con otros, grandes con pequeños; quien por parejas, quien en grupo, quien estudiándose en serio algún paso... Mientras, Antón un muchacho autista, con su peculiar estilo, recorre todo el espacio de la sala dando grandes pasos a gran velocidad.

Todos los adultos estamos ya agotados y sudorosos, y cuando Teresa descubre que son las once, da la orden de parar la música y los envía a la cama, con alguna protesta, poco insistente, convencidos de que no prosperaría.

Al día siguiente, aunque los no residentes llegan en autobús a eso de las diez de la mañana (la mayoría procede de Vigo y alrededores), la casa ya está funcionando desde mucho antes: la “levantada” se ha iniciado a eso de las ocho; la cocina ya está en marcha con el desayuno y, aunque hay dos cocineras, es necesaria la colaboración en alguna tarea de casa. Algunos de los niños, como los monitores y los profesores que ya están por aquí ayudando en la “levantada”, llevan mandil, “uniforme” fundamental en esta casa, reflejo del lugar de trabajo, hacendoso y ligado a las exigencias de la vida doméstica cotidiana.

Los críos van y vienen por la casa, pero no por azar, sino en el sentido de la actividad que cada uno está realizando, sea ayudando en la cocina, preparando algún espacio, apoyando a las acciones de quienes tienen más dificultades. Carlos, un autista profundo, de 18 años y que lleva prácticamente toda la vida en el centro, está buscando, en una artesa que hace las funciones de baúl, un mandil que le vaya bien, pero no acaba de encontrarlo y los mandiles se le lían unos con otros. Pablo Antonio, un chico con síndrome de Down, de 24 años, y que también lleva toda la vida

aquí, se ha dado cuenta del lío de Carlos y se acerca a él. Yo observo a distancia la situación, que he captado por azar. Pablo no parece hacer nada especial; en todo caso le apoya con su presencia y le mantiene sujeta la tapa de la artesa para que no se le cierre, hasta que Carlos consigue deshacer el lío, elige un mandil, se lo pone y, entonces sí, Pablo se lo anuda a la espalda.

El tiempo “oficial” de escuela, el tiempo compartido por todos los niños y niñas y todos los adultos, es acogido en una casa que ya está viva. La escuela no es sólo un edificio que da cobijo a la actividad escolar. Es, ante todo, una casa viva, a la que se incorporan los recién llegados y que estructura y da sentido a muchas de las actividades. Los niños acuden a un lugar que ya late con vida propia, y tienen que comunicarse con esa vida e integrarse en ella, pasando a formar parte de la misma, respirándola y nutriéndose de ella, llenando sus pulmones de energía y múltiples posibilidades de actividad. Inspirando la vida e inspirándose para vivir.

Vida no predeterminada

Fuera de las horas de comida, y de llegada y salida del autobús, en O Pelouro no hay horario, ni asignaturas, ni grupos, ni actividades fijas. Tan sólo se sabe que, a eso de las diez, cuando llega el autobús, en condiciones normales, todos se reúnen en asamblea. Pero ya no se sabe más.

Dependiendo de los días y de las circunstancias, tanto puede pasar que en media hora todos estén ya por los distintos espacios efectuando sus tareas, como que la asamblea se alargue dos horas por algún motivo. Tanto puede ser que unos grupos se formen espontáneamente en función de sus intereses, como que Teresa los reestructure según dinámicas grupales diversas. Tanto puede ser que un grupo se pase unos cuantos días trabajando sobre un tema específico, como que se cree un grupo, por ejemplo, para repasar matemáticas, a partir de la demanda concreta que hagan los niños y niñas. Tanto puede ser que se formen grupos homogéneos por edad y características personales, como que se formen grupos mixtos. Tanto pueden ser grupos con algún adulto, como que algunos niños hagan alguna tarea de forma autónoma. Tanto puede ser que la iniciativa nazca de una necesidad —el trabajo en el huerto— como de una curiosidad o de un tema de actualidad —el ántrax y los microorganismos—. Tanto puede ser que los pequeños elijan lo que quieren hacer ese día, como que ella les proponga hacer pasta italiana o lavar a los perros.

No, no hay desorden. Es otro orden. La armonía que se percibe refleja que aquí el tiempo funciona de otra manera: se dilata o se contrae, se para o se acelera en función de la situación, de la necesidad, del placer, de la oportunidad o de la posibilidad. La placidez y la seguridad con que discurren las personas por los lugares y con que todos se ocupan en algo rápidamente revela un orden que es en parte planificación, previsión y provisión diligente, pero que es también ya un orden interior por el que cada uno ha hecho suyo un ambiente y un modo de hacer ligero y tranquilo.

DEJA QUE LAS COSAS SEAN, CRECIENDO EN TI...

Desabróchalas de las prestadas palabras, todas,
las que, por decir las, sepultaron para siempre
lo insondable de su hermético desnudo
—vivo, real, fecundo.

Tampoco ahora,
en esta ocasión del rincón sagrado,
en su, como de nuevo, renacer...

Tampoco ahora, tan pronto!!!!
las cubras, bajo el manteo
de tu propia voz,
las encasulles, tapes-mates.

DEJA QUE LAS COSAS...

...que emerjan, solas
en este propiciatorio espacio,
ante el permisivo y neutro marco
de tu percibir atento...

...y que,
atraídas con todas tus antenas perceptivas,
lleguen hasta el Zen tro de tu hueco,
...y puedan, luego,
...crecer, y ser,
...en ti.

Juan Rodríguez de Llauder

El huerto es una de las múltiples actividades de una jornada que siempre es diferente

Juan Llauder / Teresa Ubeira.



No, no es que cada uno hace lo que quiere. Es más bien una estructura compleja que se acopla en una especie de planificación interactiva, una planificación en diálogo (que no en conversación; no es tanto una cuestión de hablar como de captar e intercambiar significados profundos) entre las necesidades y deseos de los niños y niñas, las oportunidades y posibilidades que se abren para ellos y que se ponen en juego (normalmente estimuladas e impulsadas por Teresa), y las necesidades de la casa, del vivir y del convivir. Pero es también una estructura compleja que se acopla en el hacer; el hacer, como el acontecimiento, domina en O Pelouro: cuando se acuerda algo, se hace, hasta el final; no a golpe de reloj, de campana, sino según lo que exige la propia tarea, que no es una cuestión de horarios, sino de sentido.

No, no es que los niños no estén implicados en el saber, en el conocimiento, en el estudio. Pero éste no nace ni se estructura a partir de asignaturas. Más bien lo hace a partir de intereses y deseos de niños, de propuestas de adultos, de acontecimientos y oportunidades, de acciones cotidianas. Y un tema, como no nace de una asignatura, sino de una inquietud situada, o de una actividad con sentido, recorre y atraviesa disciplinas. Y más allá de las asignaturas, conecta el saber con las preocupaciones, el conocimiento con la práctica, el mundo allí fuera con el mundo aquí cerca y con las actitudes personales, la ciencia con el placer de conocer, las preguntas de la vida con la forma de encarar cada día el vivir. Un pensamiento relacional que conecta saberes con inquietudes, ciencia y sociedad, idea y actividad.

tución: si bien es importante que pueda conocerse y extenderse una idea de escuela como la que aquí se vive, lo esencial, lo que la sostiene, lo que le da vida y fuerza, lo que se comunica a los niños y niñas en el hacer cotidiano no son las formas, por importantes que éstas sean, ya que reflejan la depuración de las esencias pedagógicas, producto de muchos años de experiencia. Hay algo que va más allá: a la esencia del ser, del existir, de la vida.

Puede que haya a quien no le gusten las maneras de hacer algunas cosas aquí. Pero, según como, ésa no es la cuestión. Incluso puede despistar de lo verdaderamente importante. Y lo importante es captar el “alma” de lo que aquí hay, por encima de la manera personal de hacer, una manera que es eso: “personal”; es el estilo y la manera de hacer que encajan con la forma de ser de quienes han creado este centro.

Si uno capta el “alma”, si se fija de dónde nace y cuál es el sentido (dirección y significado) de O Pelouro (y para eso hay que mirar de una manera especial: al fondo, buscando la esencia que se expresa y se labra en las personas a través de las vivencias), sacará lo importante, lo que es valioso y válido. Después, cada uno tiene que encontrar la manera que encaja con su forma personal de ser. Pero si se entra en la discusión de los matices y, sobre todo, si se entra antes de tiempo, se corre el peligro de banalizar lo que pudo haber encontrado. Un antiguo colaborador del centro, en una carta que les dirige, cita a un tal Warren McCollough: “No me muerdas el dedo, mira hacia donde señala.”

¿Qué sostiene la vida?

Hay algo que tanto quienes allí trabajan como yo mismo consideramos fundamental sobre esta insti-

* José Contreras Domingo es profesor de Didáctica de la Universitat de Barcelona.

Correo-e: jose.contreras@doe.d5.ub.es